

Ética, ¿un discurso o una práctica social?

Natalio Kisnerman (comp.)

Buenos Aires: Paidós, 2001, 164 pp.

En *Ética, ¿un discurso o una práctica social?* se reflexiona, a través de cinco ensayos de autores españoles y argentinos, sobre la naturaleza de la ética, sus características, discursos, relaciones, propósitos y eficacia en las profesiones sociales y de ayuda.

El primer ensayo, “La navegación y la fisonomía del naufragio. El aspecto moral de las profesiones sociales”, de Joaquín García Roca, es una aguda crítica a la ingeniería social, producto —según el autor— de la articulación entre modernidad, mentalidad ilustrada y profesiones sociales, en la que se identifica la influencia del mecanicismo y positivismo técnico, que considera innecesaria cualquier referencia a la ética. Supone una minuciosa previsión de resultados y escinde la afectividad del conocimiento intelectual como requisito para lograr la objetividad.

En contravía al modelo clínico determinista de la ingeniería social que denuncia, García propone un modelo social ético que articule la sensibilidad y la cognición, los saberes escolares y los saberes cotidianos. Esta idea de acción social, como modelo de intervención social, es explicada metafóricamente con el arte de la navegación. El autor sostiene que tanto la navegación como la acción social son *inductoras de procesos*, al exigir un continuo discernimiento frente a la inexistencia de respuestas premeditadas; *inductoras de oscuridades*, al cuestionar esquemas inamovibles de comprensión de la realidad; e *inductoras de perseverancia*, por cuanto requieren de paciencia y resistencia para lograr los objetivos.

En “Ética del saber y de las instituciones”, ensayo de Eduardo Balestena, la reflexión se orienta hacia la finalidad y los medios del saber. El autor considera que la ética del saber debe caracterizarse por su independencia por y su propósito social; de ahí que rechace el criterio de éxito como motivo exclusivo para la producción de saber.

Para Balestena, las posturas que validan el saber que prescinde de medios y fines éticos remiten a la *relatividad ética* asumida por aparatos de poder —estatales, ideológicos e institucionales—, ya que estos se sostienen en la imposición, la intransigencia, el control y el cumplimiento de intereses particulares.

La única posibilidad que Balestena considera viable para la recuperación de las instituciones como espacios éticos es la fragmentación de redes privadas de poder, a través de la mediación de actores externos al propio Estado en la resolución de conflictos; de este modo —según el autor—, se reconocerían los intereses de todos los sujetos sin importar el lugar de poder que ocupen en la sociedad.

En el tercer ensayo, “La filosofía del diálogo como fundamento ético-ecológico en las profesiones de ayuda”, Jesús Hernández Aristu presenta esta corriente filosófica que reconoce la razón y la intuición como fuentes de conocimiento y sobre las cuales establece una relación dialógica.

Esta dialogicidad no refiere solo a la tensión entre razón e intuición, sino también a la relación que el sujeto establece consigo mismo, con los otros, con la naturaleza y con el “otro absoluto”, lo que implica una consideración del sujeto en los registros relacional, material y espiritual. Para Hernández, esta idea de sujeto resulta pertinente en las profesiones de ayuda porque supera la intervención profesional como una relación sujeto-objeto, que dificulta la escucha rigurosa e impide procesos de corresponsabilidad entre el profesional y el sujeto.

En el cuarto ensayo, “Ética, ¿para qué?”, Natalio Kisnerman se sitúa en el construcciónismo y, desde allí, explicita su distancia frente a los códigos éticos por tres razones: la ineficacia de los fundamentos morales, por cuanto no garantizan acciones esperadas en la sociedad; el rechazo a los valores y a las verdades

universales; y el despropósito de abordar la ética aislada de la realidad política, económica, social y cultural.

En lugar de preguntarse por los actos buenos o malos, Kisnerman propone una construcción de relaciones interpersonales alejada de discursos absolutistas que juzgan y estigmatizan. El estigma que deviene de la patologización del sujeto debe eliminarse mediante un intercambio comunicativo empático que comprenda y respete las diferencias de las personas. Según el autor, la patología no es propia de la persona sino de la interacción; por ende, es un deber ético profesional enfatizar en el reconocimiento de las potencialidades del individuo para deconstruir formas hegemónicas de relación intersubjetiva que señalan y descalifican al otro.

En el último ensayo, “Topología de la solidaridad y ética internacional: por un diálogo entre la acción voluntaria y la reflexión crítica”, Iñaki Aguirre reflexiona, desde la ética internacional, la experiencia de cooperantes y voluntarios de las ONG.

Para iniciar, Aguirre diferencia la *acción voluntaria* de la *teoría*. La primera se caracteriza por su emocionalidad, espontaneidad e inmediatez en el acto solidario, que subvierte la lógica de indiferencia y plantea una interrelación ética; la segunda, caracterizada por su reflexividad y abstracciones teóricas, se distancia, consecuentemente, de la emotividad, del voluntarismo y del activismo.

Con respecto a la solidaridad, Aguirre plantea tres aproximaciones teóricas: una teórico-normativa, una sociológica y otra praxeológica. La aproximación teórico-normativa retoma la interrelación ética que la praxis del voluntariado dirige a la teoría internacional, por cuanto suscita reflexiones sobre temas de la moralidad internacional —la intervención humanitaria, los derechos humanos, la justicia distributiva internacional, la defensa del medio ambiente y la tensión que surge entre la autonomía del Estado y la del individuo—. Aguirre propone el “cosmopolitismo” como orientación del pensamiento normativo internacional, para el cual los fundamentos de la moralidad no competen a los Estados sino al individuo racional, autónomo y poseedor de derechos universales.

En la aproximación sociológica se aborda otra gran orientación de la teoría internacional: el comu-

nitarismo. Según el autor, dicha opción filosófica permite un mejor análisis tanto de las particularidades culturales e históricas como de las prácticas de las ONG y el voluntariado. Esta sociología de la praxis solidaria sitúa, como objeto de estudio, la complejidad de la realidad cuando son el Estado y el mercado —en lugar de la sociedad civil— aquellos actores que realizan el acto solidario para contrarrestar la exclusión social que, paradójicamente, estos mismos han generado.

Por último, desde la *praxeología* se pretende enunciar la teoría implícita de la práctica solidaria o voluntarista con tres finalidades: *educativa*, al dar la palabra a un saber sin poder instituido; *política*, al proponerse transformar estructuras de dominación económica, social y cultural; y *dialogica*, donde se establece una “reciprocidad paradójica” entre los diferentes tipos de solidaridades.

Para quien se interese en los debates y tensiones propios de la ética en Trabajo Social, considero que el texto resulta enriquecedor, por cuanto expone diferentes perspectivas de acuerdo al contexto y experiencia profesional de cada autor. En esta multiplicidad de enfoques abordados a través de los ensayos —que por momentos parecieran desarticulados— es posible proponer un punto de convergencia: la comprensión de la ética como un acto de permanente reflexión sobre los principios, métodos y fines de la intervención en las llamadas profesiones de ayuda, los cuales no deben entenderse como verdades inamovibles sino como ideas en permanente construcción que orientan la práctica y la investigación profesional.

Particularmente, con respecto a la postura de Ballestena frente a las instituciones como escenarios alejados de principios y prácticas éticas, considero que sería importante especificar cuáles son las instituciones objeto de su crítica, ya que esta generalización soslaya las particularidades de cada institución, los contextos específicos en que operan y los sujetos que las representan a través del ejercicio de sus funciones.

JAIRO ANDRÉS ORTEGÓN SUÁREZ

Estudiante X semestre

Carrera de Trabajo Social

Universidad Nacional de Colombia, Colombia